

1/17024

1/17024  
Leg. 62.  
LVI  
D-19

# MANIFIESTO

QUE PUBLICA

UNO DE LOS EDITORES DEL CORREO DE LAS DAMAS,

D. SIMON BERGAÑO Y VILLEGAS

PARA

SINCERAR SU OPINION

VULNERADA

*En la pastoral impresa el dos de setiembre, contra  
el rasgo filosófico de Dorila, y la persona  
del autor.*



PALMA

*Imprenta de Miguel Domingo.*

1813.

*Jus & fas multos fatiunt, Ptholomæ, nocentes,  
Dat pœnas laudata virtus, cum sustinet, inquit,  
Quos fortuna premit.*

Fot.

TRADUCCION.

A muchos hace, Tolomeo, reos  
Lo justo y razonable ; y castigada  
Es la virtud laudable y compasiva  
Que defiende personas desgraciadas.

Aunque el depósito de la doctrina esté, según san Pablo, encargado á los señores obispos, no por eso debemos concluir que la poseen perfectamente. Ni la ética está vinculada en estos respetables sujetos, ni es lo mismo decir *obispo* que decir *sabio*. Estos nombres no deben confundirse como apasionadamente lo indican las primeras líneas de esa carta pastoral que, aunque contenga por una parte un excelente pasto para los fieles, no por eso dexa de faltar á la caridad, y ser por otra una nube obscura y tenebrosa, dorada con el brillo de la religion, y dirigida á envolver la reputacion de un hombre de bien, *cuyos sentimientos y procederes políticos y morales han sido siempre irrepreensibles*. Bien pueden los señores obispos tener á su cargo el depósito de la ciencia moral, sin ser científicos; porque no todos los letrados son buenos letrados, ni todos los administradores buenos administradores: bien pueden haber estudiado y adquirido grados en las universidades, ganando tiempo, sin sacar el fruto correspondiente; y bien pueden en fin poseer una encíclica y ecléptica biblioteca, sin ser universales, ni selectos.

Por el contrario, la multitud de doctrinas engendra las dificultades: las demasiadas interpretaciones debilitan y confunden la verdad; y aunque se posea un gran fondo de pura doctrina, la debilidad de los hijos de Adán, de cuyo número es tambien S. S. Ilma., no les permite ser siempre

exáctos en sus juicios, ni justos en sus aplicaciones. Asi lo acredita esa carta, no sé si diga pastoral, ó leonica, pues que solo parece se dirige á devorar á un hombre en la parte mas esencial de su exístencia política presentándole al público como un *monstruo de corrupcion* para que le aborrezcan los buenos, le abandonen los escrupulosos, le hieran con sarcasmos los malignos, y él se vea aislado y desproveido de todos los auxílios que necesita en la sociedad.

Pero ¿podrá? ¿podrá un infeliz como yo, podrá un triste y perseguido ciudadano hacer valer su justicia contra la censura de un obispo, cuyo nombre respetable basta por sí solo para mover en su favor la opinion general? Sí: me lisongeo de conseguirlo. Todavía exísten sobre la tierra hombres sabios y justos, á cuyo tribunal apelo. La Habana, este pueblo amable, delicioso y civilizado; este pueblo feliz que produce tantos talentos claros, amantes y cultivadores de la sabiduría, verá la pastoral que su diócesano le ha dirigido contra mí; verá mi manifiesto, verá los papeles que me censura y prohíbe, pesará sus razones y las mias, comparará, razonará y hará justicia.

Pero ¿podré yo demostrarle la poca circunspeccion con que ha procedido sin herir su amor propio y exponerme á otra violencia mayor? No lo sé: mas parece que ya no puede hacerme un daño superior al que me ha hecho. No hay castigo, ó por mejor decir, no hay venganza tan amarga para un hombre honrado, como la infamia en que se me ha procurado sepultar, abusando de

5

la santidad del estado, de la autoridad y de la influencia que ella tiene sobre el pueblo. El carácter sacerdotal, así como es el más propio para exhortar á lo bueno, es también el más adecuado para excitar á lo malo (1), é imponer y prevenir al pueblo contra quien no lo merece. La atención que él se atrae por sí mismo; aquella compostura, aquel tono magistral, magestuoso y profético con que hace creer á las gentes que todo quanto dice es grande, justo y santo; y aquel uso, ó abuso frecuente que suele hacer de los textos sagrados, cuya siniestra aplicación no puede ser en fin percibida de un numeroso auditorio, donde hay más orejas que entendimientos, y entendimientos que se dexan seducir con unos sublimes nada; todo esto, digo, contribuye á asegurar su triunfo y la ruina de el objeto de sus iras. Y si esto acontece respecto del carácter simplemente sacerdotal quando está impreso en almas indignas de él ¿que es lo que no podrá prometerse un señor obispo quando, animado por el celo santo de la religion, se propone confundir y aniquilar á quien la profana en su concepto? ¡Ah! por lo mismo, sí, por lo mismo que su triunfo es tan seguro, no le es lícito usar de la autoridad y del rigor ántes de haber empleado con él todos los medios propios de su ministerio verdaderamente pastoral, prevenidos por la ética, y recomendados por la caridad cristiana.

¡Desgraciado pues aquel que con un buen

(1) Díganlo las guerras llamadas de la liga, dígalo el Paraguay, dígalo México.

fondo de virtud , pero falto de elocuencia para hacer valer su justicia , incurre en la justa indignacion de un señor obispo , porque la menor de sus palabras bastará para destruir su existencia política ! ; Desgraciados aquellos tiempos en que obstruido el órgano de la libertad de la prensa, este órgano reparador de las reputaciones injustamente vulneradas, sucumbian al rigor de los árbitros déspotas y absolutos de las imprentas ! Pero ; felices, sí, una y mil veces felices estos tiempos en que la virtud, la sabiduría y la prudencia , congregadas en el augusto y soberano templo de la asamblea nacional, restablecieron los derechos del hombre , cortaron el nudo gordiano que oprimia su libertad , y le facilitaron los medios de reclamar los derechos de que le prive la arbitrariedad y el despotismo de las autoridades injustas !

En este caso estoy yo. El Ilmo. señor obispo de la Habana me ha dañado del modo mas cruel y contrario á la caridad cristiana , tratandome en una pastoral impresa y dirigida á sus diocesanos, de *naturalista , libertino , obsceno y corruptor de las buenas costumbres , &c.* por haber afirmado que *no debe quedar difamada aquella jóven incauta y seducida , cuya virginidad ha sido víctima de un hombre pérfido y astuto* , sin que por esto pretenda yo destruir la razon de culpa que lleva consigo el acto carnal y furtivo , como lo supone la misma pastoral , y lo demostraré hasta la evidencia.

El pretexto es sin duda el mas honesto y brillante , y tambien el mas comun de que se sirven algunos para afirmar á otros , pues se trata de de-

7

fender la moral de Jesucristo, que se supone ofendida por mí. Yo protesto, ante todas cosas, protesto á la faz de los cielos y la tierra, que la amo, la respeto y la sigo en su verdadera pureza, al tanto que piadosamente supongo yo que lo hará S. S. Ilma. Sí: yo amo como todo hombre de bien la moral de Jesucristo, porque es amable; pero la amo tal qual ella es, asi como la desprecio quando la veo adulterada y corrompida por algunos de aquellos insensatos expositores que la desfiguraron queriendo adornarla, y la alteraron por quererla alambicar; por algunos de aquellos autores ergotistas, que disminuyeron y atacaron el imperio de la religion queriendo extenderle y conservarle. Platon excluía de su república á los médicos y los abogados: el rey D. Fernando no queria enviar catedráticos de jurisprudencia á este nuevo mundo, temiendo que le poblasen de procesos; y si yo hubiese de establecer alguna, solo admitiria la teología dogmática, excluyendo la escolástica (2) que obstruye el convencimiento y el uso de la pura y verdadera moral; porque la demasiada doctrina engendra la dificultad; *difficultatem facit doctrina*: la dificultad la duda; la duda la variedad de opiniones; la variedad de opiniones la confusion de la verdad y el error; el error la preocupacion; la preocupacion el rencor y el barbarismo, y éste, todos los males que oprimen á la naturaleza, que degradan al hom-

(2) La teología escolástica no solo no es necesaria, sino perjudicial á la iglesia. *Tourn. Prælect. de Dei & Divin attribut. Quæst. I. pág. 3. Conc. 2. tom. 1.*

bre, y que minan y destruyen el edificio social por sus cimientos. Ese enxambre de ergotistas que infestan las bibliotecas morales, nos tienen ya tan confusos y corrompidos con sus innumerables opiniones, como antes lo estabamos con los vicios. *Ut olim flagitiis sic nunc doctrina laboramus.*

Pero á pesar de esto, no falta quien sepa que el verdadero espíritu de la religion es saber amar á Dios y al próximo, sin infamarle, ni mortificarle como el señor obispo lo hizo conmigo, y como yo pretendia que no lo hiciesen con Dorila. La esencia de los deberes de un buen cristiano se reducen á la caridad y á la indulgencia mútua que los hombres deben tener unos con otros, y que por haberla yo exígido en favor de aquella jóven desgraciada, se me ha faltado desapiadadamente á ella, violentando del modo mas insufrible el sentido de mis proposiciones, como yo lo probaré mas adelante. Los cristianos del tiempo de los apóstoles no conocian las controversias y *á nadie perseguian*, porque eran caritativos con el próximo. Libres de expositores, de aquellos necios expositores que sembrando, podando, é ingertando las cuestiones han hecho fructificar y multiplicar despues en el mundo *la incertidumbre, los cismas, las querellas y la desolacion*; libres de aquellos metafisicos ignorantes, que por adquirirse el renombre de *sútiles* han querido adelgazar tanto la moral de las costumbres, que nuestra salvacion está, segun ellos, pendiente de un hilo, destruyendo con esto la idea de la misericordia, tan consoladora para la flaqueza humana; y age-

9

nos en fin de esta multitud de comentarios en que el ciento se refiere al noventa y nueve, y así sucesivamente hasta venir á parar despues de haber desfigurado la verdad, en el puro y legítimo libro de Dios; lo cierto es, que sin teólogos, ni moralistas escolásticos, sabian ser buenos cristianos; y que no siendo criminal entre ellos la contrariedad de opiniones, tampoco exêcraban, denigraban ni perseguian á los que no pensaban de un mismo modo. ¡Que males no ha producido á la iglesia y á las costumbres esta terquedad de opiniones de las escuelas! Díganlo las cruzadas, dígalo la liga, dígalo la separacion de la iglesia anglicana, díganlo en fin tantas otras guerras de religion que causaron al género humano mas males que todos los errores juntos.

Me ha parecido conveniente apuntar estos pensamientos, porque tanto la negra exêcracion de que cubrimos á las jóvenes frágiles y seducidas, como la injusticia con que se me trató por haberla reprobado, están fundadas en mucha parte sobre estos principios. Y ¿será posible que se persiga todavía (no digo á los hereges declarados, porque yo no trato ahora de predicar la tolerancia) á los hombres que no son *nimiamente* cristianos; esto es, á los que sabiendo lo que Dios dice, y lo que nos enseña la iglesia universal, combaten las opiniones que (por mas que se les quiera suponer emanadas del dogma) no son conformes á la sana doctrina? ¡Oh, no abusemos de la religion para autorizar nuestros humanos intereses! Este es el medio mas seguro de destruirla.

Yo confieso que mereceria parte del rigor con

que se me trata en la pastoral si, como ella supone, hubiese *aprobado* á Dorila el hecho de haber quebrantado el sexto precepto del decálogo, libertándola de toda reprension. Pero nada ménos que eso. Mis principios son mas ajustados de lo que se piensa. ¿Donde habrá paciencia para tolerar que se confunda el verbo *reprender* con el verbo *infamar*? Hiciste mal la digo: *Correo de las Damas* pág. 192 lín. 2) ¿y esto no es reprenderla? *Pero eres* (lín. 5) *digna de compasion, de indulgencia* &c. El sustantivo indulgencia significa *perdon*, y este perdon solo puede recaer sobre *la culpa*, que sin duda suponía yo en Dorila quando la consideraba acreedora á la indulgencia.

Dios es justo (añado yo á la pág. 191) y *lo son tambien muchos hombres que saben mirar con indulgencia aquellas jóvenes seducidas y alucinadas, que como tú, se precipitaron delirando en un abismo de males*. Quando yo la supongo *alucinada* ¿no es claro que la despojo de toda razon? El decir que se *precipitó* ¿no es lo mismo que confesar su falta? Y quando añado *en un abismo de males* ¿no es hacerme cargo de los *torcedores morales* consiguientes á la idea de la culpa? No era pues mi ánimo desterrarla del suyo, sino prevenir la opinion pública en su favor, y á ella contra esta misma opinion, que la acongojaba infinitamente mas que los torcedores morales; porque respecto de estos se consolaba con la misericordia de un Dios justo, que sabe distinguir los pecados cometidos por la fuerza del temperamento, de los que provienen de un ánimo perverso y un corazon depravado, y porque no podia prometerse igual

conmiseracion respecto de los hombres crueles, que al justo dolor que ella tenia de haber quebrantado la ley de Dios, y al de haber sido burlada, añadian la pena irreparable del oprobio.

*Si averiguasemos (digo en el núm. 48 pág. 196) si averiguasemos, la historia secreta de las mugeres totalmente prostituidas, hallariamos que casi todas han sido arrastradas por la desesperacion de no haber conseguido el perdon de su primera flaqueza... Y este perdon ¿no supone la culpa? No es lícito, añadido al folio 197 del mismo número, no es lícito atropellar las leyes civiles y religiosas... Esta proposicion es demasiado terminante para dar á conocer mis principios. Ella sola bastaría para salvar qualquiera otra menos clara.*

Yo no exímo pues de la culpa á la que sucumbe la primera vez, pero sí del oprobio de que cubrimos á estas infelices; porque no debemos confundir la razon de culpa con la razon de infamia, y porque si se infamase á todos los que quebrantan algun precepto del decálogo, no habria una persona honrada sobre la faz de la tierra. ¡Ah! ¿no es una fatalidad, y fatalidad dolorosa para los ánimos justos y sensibles, que las que tienen bastante malicia para gozar inicua é impunemente de su incontinencia, sean respecto de los hombres mas honradas, que las que no se sirven de estos exêcrables medios de que usan las que viven hipócritamente sumergidas en el mas vergonzoso *onanismo*, ó en la mas completa relajacion? Pero el escándalo... Ya, ya me hago cargo de él. Por eso lo único que yo pretendia era *modificar* la opinion pública en favor de estas

infelices víctimas de la fragilidad de su sexô y de la astucia del fuerte, para evitar ó disminuir los abortos, los horribles infanticidios que se cometen, sacrificando el triste fruto de unos desgraciados amores en las aras terribles de esta opinion excesivamente cruel, que las despoja de toda consideracion en la sociedad, y las abandona frecuentemente á una total y odiosa prostitucion.

He llamado cruel esta opinion, porque lo es toda la que directa, ó indirectamente produce crueldades; y ahora la llamo *supersticiosa*, porque es una supersticion formarse falsas ideas de religion, y porque se funda en una idea falsa la *infamia* de que cubrimos á la que por desgracia perdió su virginidad. ¿Quanto mas conforme es al espíritu de caridad que respira la moral de Jesucristo consolar que exâsperar? Yo lo probaré despues. Reprendámosla en hora buena; pero no la infamemos, porque perdida la opinion se pierde tambien la virtud. «Líbrame, decia David, líbrame, Señor, de ser infame entre los hombres, para que pueda guardar tus mandamientos»: porque conocia muy bien este santo rey, que la infamia no se hermana facilmente con las virtudes. Reprendámosla pues; pero no la exâsperemos, no la abandonemos para que no se abandone. Afeemos su primera fragilidad; pero no la impongamos de una vez todo el castigo que merecen las que reinciden. Compadecemosla: no nos desdeñemos de enlazarnos á ella, porque esta esperanza la consolará, la estimulará á reparar su falta, y podrá llegar á ser buena madre y excelente esposa.

Mejor es, se me dirá, evitar el mal, que remediarle despues de cometido. Pero la idea de la infamia, respondo yo ahora, léjos de ser adecuada para evitarle, solo contribuye á agravarle mas, porque el deseo de conservar la opinion, infinitamente mas preciosa que el mas rico patrimonio, obliga á cometer crímenes mas horrendos que los que causaron su pérdida. Regularmente reparamos una falta con otra mayor, y esto no *sucederia si hubiera mas exâctitud en nuestros juicios*, tanto por parte de los que incurren en acciones feas, como por la de aquellos que las juzgan. Ninguno está libre de caer en las tentaciones; y la infamia, léjos de ser un medio prudente para evitarlas, es injusto y perjudicial, porque daña al próximo de un modo peor que la muerte, y porque es contraria al espíritu de la religion y de la iglesia, llenas de caridad, de lenidad y de dulzura. Fuera de esto, no es lícito emplear medios injustos aun para conseguir buenos fines, y debemos buscar otros remedios que no sean, como la infamia, peores que el mal. Ilustremos los entendimientos de nuestras jóvenes: permitámoslas con frecuencia los desahogos inocentes: no las oprimamos de un modo, que léjos de moderar, irrita mas las pasiones; ni menos las demos una educacion tan rigurosa, que despertemos su malicia queriendo conservar su inocencia.

Yo bien conozco que aun no basta todo esto para cortar el mal, porque es inevitable, segun lo acredita la experiencia. La virgen verdaderamente enamorada, pasa por encima de sus guardias dormidos, y todo lo atropella por irse á juntar

sola de noche con su amante (3). Conozco tambien, que ademas de los antídotos que puede presentar una excelente educacion, es preciso adoptar algun otro, cuya base, despues del temor de Dios, sea el desprecio público. Pero la muger ¿no es mas frágil que el hombre? Y ¿por que hemos de descargar toda la pena sobre la parte mas débil? ¿Quien tendria mas malicia, Eva ó la serpiente? ¿quien seria mas criminal, Leandro ó Dorila? ¿No es mas maligno el que seduce que la que se dexa seducir? Pues cargue toda la infamia sobre él, como ya lo he dicho en los números 18, 23 y 50 del *Correo de las Damas*. Cargue, sí, sobre el vil seductor; sugetémosle á un castigo vergonzoso, que le excluya de la sociedad; y mientras no se enlace á la vírgen que corrompió, gima en una prision, agoviado al peso de la exêcracion pública. La idea de la infamia no puede producir en el hombre efectos tan funestos como en la muger respecto del fruto de sus amores, y de las fatales consecuencias de una total prostitucion; pero no por eso será menos sensible. Ella enfrenará sus apetitos; y contenido por el temor del castigo que le amenaza, dexará quietas y sosegadas á las vírgenes honestas y recogidas, que rara vez nos buscan á nosotros: se casará acaso mas pronto, y no serán tantas, ni tan frecuentes las anécdotas de jóvenes impunemente sacrificadas. ¿Que es lo que contiene á los hombres? ¿Que castigo reservamos nosotros á su iniquidad?

(3) Hæc douce custodes furtim transgresa jacentes;  
Ad juvenem tenebris sola puella venit. *Tibul. lib. 2.*

Y cualesquiera que ame la justicia ¿podrá ver sin indignacion á un vil seductor, que es admitido en todas las tertulias, banquetes y festines; que es tratado con distincion; que danza, canta, bebe, juega, rie, y celebra tal vez sus bodas, mientras la víctima ó víctimas de su libertinage, yacen abandonadas y aborrecidas de propios y extraños, desesperadas de encontrar un honrado establecimiento, confusas, abatidas, cubiertas de oprobio, de duelo y de tristeza?

¡ Ah! yo no puedo ocultar estos principios de mi moral, esta filosofia que dicen haber yo bebido *en los charcos hediondos y cenagosos de naturalistas y libertinos*. Y ¿será posible que se me trate de *obeja* descarreada por opinar de este modo? Sí; porque Dios manda en el Deuteronomio que *muera á pedradas la que pecare contra su virginidad*, y vmd. es un impío que trata de salvar á la que Dios condena. Este es el argumento mas fuerte de la pastoral; pero los depositarios de la doctrina, no deben confundir lo que Dios mandó en la ley escrita, con lo que manda en la de gracia. ¿Que importa diga en el Deuteronomio que debe morir á pedradas, si despues ha indicado lo contrario en el evangelio? Quando el pueblo exígia que se tratase así á una de estas infelices, dixo Jesucristo: *qui sine peccato est vestrum, priús in eam lapidem mittat*: el que esté sin pecado entre vosotros arroje sobre ella la primera piedra; y el mismo señor obispo dice mas adelante: que todo el que peca merece *compasion*, y que *no debemos insultar al próximo en su desgracia, ya sea respecto de los bienes temporales, ó ya de los*

*eternos.* Y ¿como conciliamos esta compasion que Jesucristo quiere se tenga respecto de un pecador, con la excesiva crueldad de muchos padres, con el oprobio universal, y las pedradas, y pedradas de muerte que se mandan descargar en el Deuteronomio sobre las que pecaron contra la virginidad? Y si no debemos *insultar* al próximo en su desgracia ¿por que *cubrimos de vergüenza* á la mas desgraciada de todas las mugeres, pues por tal reputo yo á aquella á quien despojaron de la joya que mas la recomendaba? ¿No es este un *insulto*? ¡Ah! y tan grande que muchas no han podido sobrevivir á él. Solo puede soportar la infamia el que es verdaderamente infame; y la mejor prueba que puede darse para acreditar que Dorila no estaba absolutamente corrompida, y que era susceptible de una total reforma, es el hecho de haberse querido arrojar por la ventana, como yo lo digo en el núm. 47.

¿A qué viene pues el texto del Deuteronomio, cuyo rigor está ya modificado por la ley de gracia? A abultar la pastoral; á fomentar mas y mas contra la infeliz Dorila esta opinion cruel, que ha privado á tantos hijos de la luz y del cielo, y precipitado en los mayores excesos á tantas madres, que tratadas con caridad se hubieran arrepentido oportunamente; y á atizar en fin el fuego de la persecucion que llueve sobre mí, y que yo hubiera evitado si fuese susceptible de seguir un sistema menos candoroso, franco é ingénuo; esto es, un sistema de hipocresia refinada y bien sostenida, que nunca tiene lugar en los ánimos rectos y sencillos.

Los hombres verdaderamente virtuosos aparentan serlo menos que los que no lo son, pues amando la virtud solo porque es amable, y no teniendo ambicion que contentar, tampoco buscan pretextos para burlarse de la credulidad humana. Yo seré tal vez mejor cristiano que el autor de esos *despreciables folletos* impresos contra mi en la *tertulia* y los *diarios* de la Habana, firmados por *el Católico rancio*, que parece ha querido prevenir la opinion en su favor con un nombre apreciable, de que él ha abusado, y que acaso no lo merece tanto como yo. Pude tal vez haber ofendido la moral de Jesucristo; pero seria involuntariamente, porque he estudiado alguna cosa, he pensado mucho mas, soy limitado, y puedo engañarme con lo mismo que creo rectificar mis opiniones. En materia de juicios solo el de Dios es exácto, y ademas de que estoy pronto á *retractarme* si erré, lo cierto es, que jamas he insultado, ni denigrado al próximo segun lo hicieron el Ilmo. señor obispo y *el Católico rancio* respecto de mí: que compadezco á los que considero extraviados del camino de la verdad sin insultarlos, ni denigrarlos; y que mi conducta privada, desvanece hasta la sombra del libertinage que se me atribuye, como lo dirán quantos me tratan y han tratado, y quantos habitan y habitaron conmigo.

El Ilmo. señor obispo dice que soy *un hombre maligno*, que solo trato de corromper la moral de Jesucristo. ¡Bien infeliz fuera yo si mis principios no estuviesen cimentados sobre esta moral toda pura, toda perfecta, toda divina! Lástima se puede tener de un hombre que no regle por ella sus pen-

samientos, sus acciones, sus placeres; pero no es menos digno de compasion el que confunde esta santa y deliciosa doctrina, con otras menos puras, que nos pretenden infundir á su sombra. ¿Exíge por ventura la moral cristiana que cubramos de oprobio á la que ha pecado contra su virginidad? Ella exígirá que se reprenda su hecho, y se cele su conducta por quienes corresponda, para que no se contamine mas y mas; pero no que murmuremos de ella, ni la sepulremos en la infamia. ¿Que delito es pues el mio? ¿qual es mi malignidad? = Haber combatido una ley convencional. = Pero no es positiva. = Sí; porque el consentimiento universal de las gentes es ya una ley de la naturaleza. *Omni in re consensus omnium gentium, lex naturæ putanda est.* = Yo no me opongo á este dicho de Ciceron; pero niego que haya convenido todo el mundo en difamar á estas infelices. Los libros sagrados, la historia y los viajeros dicen lo contrario. Y aunque no lo dixeran, aunque todos conviniesen ¿por que se ha de perseguir y exêcrar á un hombre, que léjos de acreditarse de maligno con el hecho de contradecir á todos, queriendo contrarrestar el torrente de la opinion, solo daría á entender que es un verdadero insensato digno de risa? O yo soy pues un loco, que lleno de un amor ciego á lo que yo creo justo sin serlo, oso embestir una opinion que me puede arrollar y despedazar á sus pies; ó un hombre sencillo, que no pudiendo hacer traicion á mis sentimientos, los expongo francamente sin preveer las consecuencias. Si lo primero, soy tan digno de compasion como aquellos indianos fanáticos y

supersticiosos que se dexan devorar de los tigres y los cocodrilos por un acto de virtud; y en el segundo caso, un incauto, un impolítico, ó quando mas un ignorante, acreedor por mi sencillez, ó por mi ignorancia á las lecciones de la *política vividora*, la prudencia, ó la sabiduría. Pero de ningun modo se me debe tratar de *maligno*, como lo hace S. S. Ilma.; porque si yo fuera maligno, seria un perverso, seria un hipócrita; y si yo fuera hipócrita, sabria muy bien burlarme de la virtud, y engañar al genero humano aparentando que la amaba.

¡Oh! ¡léjos de mi esta exécrable idea! Decia un italiano de dos caras, como su compatriota Jano, que

*Il fingere è diffetto*  
*Ma chi finger non sà, non è perffeto.*

Yo no lo soy sin duda; pero tampoco quiero serlo. Lo único que haré en lo sucesivo, será *disimular*, porque ya estoy convencido de lo que me escribia un amigo, á saber: "que tanto en el hablar como en el escribir, hay cierto linderó que los hombres mas grandes han respetado muchas veces, sin valerles la mas severa circunspeccion; pero dándola, como es justo, por saludable documento." Esto quiere decir que el verdadero filósofo no debe en el trato humano hablar siempre lo que sienta con entereza, porque hay materias en que, sin faltarse á sí mismo, diciendo una cosa por otra, conviene callar. Dura es para mi esta doctrina; pero al fin es preciso adoptarla en ciertos casos. Por lo demas, yo diré siempre mi

..

sentir en todos los que no crea comprendidos en esta regla; y en ninguna usaré de tanta franqueza como en los que tengan relacion con la moral cristiana. La profeso; y así como todos hablan de su profesion, yo hablaré de la mia con la esperanza de hallar un maestro que si yerro, me instruya y convenza sin *difamarme*; un padre que me corrija si pecco, con dulzura, y un pastor celoso y benigno, que si me extravió me conduzca al aprisco sin irritar contra mí á las otras ovejas.

Esto es lo que debió haber practicado el señor obispo, siquiera por la primera vez, antes de lanzar contra mí esa *pastoral* desapiadada con que me ha cubierto de rubor y de infamia, si es que puede ser infame aquel que se ruboriza. Despues de haberme infamado con los epitetos de *naturalista*, *libertino*, *maligno* &c. &c.: „Yo os instruyo, me dice, como maestro.” ¡Excelente modo de instruir el suyo! Sepa S. S. Ilma. que desde el tiempo de la ley de gracia, se abolió en primera instancia el uso de la *virga ferrea* en materias de mera opinion: que esta solo puede descargarse en público sobre los que reinciden despues de haber precedido la correccion pastoral, paternal, fraternal ó privada, y que no debió haber herido tan profundamente con ella á quien como yo, aunque siempre atropellado, *jamas ha sido reconvenido sobre estas ni otras materias*. Sepa S. S. Ilma. que ya se ha desterrado aquel bárbaro axioma de que la letra con sangre entra, pues hasta los maestros de niños saben que no es bueno castigarlos por tontos para que no se vuelvan mas estúpidos. Sepa que yo no reconozco otros maes-

tros que Jesucristo y la iglesia universal : que yo le venero como á obispo , pero que no le reconozco superioridad como filósofo ni cristiano ; y que aunque yo tenga obligacion de escuchar la voz de mi pastor , no la tengo de adoptarla sin exâmen ; porque sus palabras no siempre son dogmas , ni cánones ; porque puede separarse involuntariamente de la verdad ; porque no es infalible , y porque el concilio , á quien está concedida la infalibilidad , no se compone de solo un obispo.

*Os exhorto como padre.* ¡ Esta sí que es otra ! Sacar á un hijo á la vergüenza pública , pintándole con los mas negros coloridos , propios para excitar contra él el ódio y la furia de los cristianos demasiado exáltados : exponerle al abandono de los nimiamente escrupulosos y á los sarcasmos de la malignidad , no es ciertamente proceder como padre , sino como enemigo , y enemigo cruelísimo , pues que le despoja á los ojos de los hombres de un bien mas apreciable que la vida misma ; esto es , del amor y estimacion de sus semejantes. Si esto no es faltar á la humanidad , la caridad y otras virtudes sociales como la prudencia &c. yo no sé lo que ellas son. Menos escandaloso seria que yo , animado de una caridad , aunque falsa , hubiese ofendido como ignorante el dogma y costumbres cristianas en la defensa de Dorila , que el que S. S. Ilma. á quien está confiado el depósito de la sana doctrina , se hubiese olvidado de la verdadera al exórtarme por la primera vez como padre. ¿ No podia S. S. Ilma. haber cuidado de recoger los dos números del *Correo de las Damas* , arbitrariamente proscriptos en

la pastoral, sin atropellar el soberano decreto de la libertad de imprenta, ni difamarme tan encarnizadamente? Pero todos somos frágiles.

*Os doy como pastor el verdadero alimento.* En efecto, no hay cosa mas sabrosa que los epitetos de *naturalista* (4), *impío libertino*, *corruptor*, *escandaloso* &c. Semejantes trozos de elocuencia no pueden dexar de lisongear mi espíritu en un país de cristianos intolerantes, entre los quales pudiera muy bien hallarse un *Rabailac* que me asesinára creyendo hacer una obra de misericordia. En qualquiera otro pueblo que no fuese, aunque católico, tan ilustrado como la Habana, ya me hubieran apedreado. Sin embargo, el *alimento pastoral* que me ha dado S. S. Ilma. no ha dexado de irritar contra mí mas de media ciudad. Mejor hubiera dicho: os devoro como lobo en la parte mas esencial de vuestra existencia política, y aun de la fisica, que no aquello de *os doy el verdadero alimento*. Primero, porque ya estaba yo amamantado con él y persuadido desde que nací, de que no podia quebrantarse el sexto precepto sin pecar: segundo, porque ha destruido mi reputacion: y tercero, porque hallándome considerablemente enfermo, me ha cubierto de oprobio para que los sobresaltos y congojas de mi espíritu agraven mas y mas mis achaques, y me precipiten al sepulcro. Si el

(4) Los botánicos se llaman tambien *naturalistas*. Si S. S. Ilma. hablara en este sentido, no iria absolutamente fuera de camino, porque he estudiado con mas provechamiento á Linneo, y Tournefort, que á Epicuro, Xenofanes, Parmenicles, Melisso Lucrecio, Covvbard, Hobbes, Spinoza, Flud Diderot &c. &c.

ilustrísimo señor obispo tuviese un perfecto conocimiento de la fisiología y la patología, no hubiera formado un concepto tan horrible de Dorila; y consultando á la medicina legal, se hubiera abstenido de proceder tan ásperamente contra un enfermo. Es público y notorio que mi salud está quebrantadísima. Los médicos opinan que cualesquiera indisposición me puede costar la vida: el exceso que se supone haber yo cometido, no tiene pena de muerte; y si como el *alimento pastoral*, no ha hecho mas que quitarme el poco sueño y apetito que tenia, agravando mis achaques, me hubiese originado la muerte ¿quien hubiera sido responsable de ella? ¿Y esto es ser pastor?... ¡Ah! ¡con quanta prudencia debe conducirse un juez! ¡con quanta lenidad debe proceder un obispo!

Yo estoy bien seguro de que Jesucristo no me hubiera tratado así. Jesucristo me hubiera llamado con cariño: me hubiera enseñado con amor: me hubiera convencido con suavidad: me hubiera corregido con aquella caridad que le abrasaba, sin dar la menor muestra de orgullo y de suficiencia, y me hubiera conducido en fin sobre sus hombros al rebaño. Esto hubiera hecho Jesucristo si me hubiese encontrado errante, y esto debió haber practicado el señor obispo con esta oveja que llama descarreada, pero que gracias al cielo se lisonjea de no haberse extraviado aun intencionadamente del camino que ha señalado el cielo á los hombres justos y virtuosos.

*Dexaos infeliz escritor, dexaos de profanar la virtud....* ¡Ah! Yo suplico á S. S. Ilma. que no



profane la de la caridad denigrando la cara opinion de un hombre de bien, que hasta aqui solo habia sido censurada por algunos escritorcillos y sugetos malignos, cuyas falsas deposiciones están desmentidas con mi conducta y la suya: suplico á S. S. Ilma. tenga la bondad de no publicar pastorales que se confundan con los libelos; y ruego al Ilmo. señor obispo que no atropelle á los infelices, porque el infortunio no es un crimen, y porque el hombre sin fortuna es un objeto dos veces sagrado; una por ser hombre, y otra por ser infeliz. Enseñeme sí yerro, pero no me amenace; porque las amenazas solo forman hipócritas, y la virtud es un efecto del convencimiento.

Tambien se me censura en la segunda página de la pastoral un pasage del número 43 del *Correo de las Damas*, en que hablando de la fuerza del temperamento, digo «La misma impetuosidad con que san Agustin corria hacia el mal, le sirvió despues para volar hácia el bien. Tan animoso fue Viriato á la cabeza de una quadrilla de bandoleros, como al frente de un ejército; y el paso que dió de bandido á general, debe mirarse como el que dió san Agustin del vicio á la virtud.

De aqui concluye S. S. Ilma., que pues me olvido de la excitacion y concurrencia de la gracia, soy un naturalista que no reconozco en las acciones morales otra regla que los impulsos de la naturaleza corrompida. Semejante lógica no es por cierto muy digna de los depositarios de la doctrina; pues en un pasage en que, hablando como puro filósofo, solo trato de hacer ver el diferente uso que puede hacerse de la fuerza de alma di-

rigiéndola al mal ó al bien, no tenía yo necesidad, ni obligacion de expresarme como teólogo.

Pero prescindiendo ahora de los muchos y muy abultados volúmenes, tan contradictorios entre sí, como respecto unos de otros, que se han escrito sobre la gracia; prescindiendo de las diferentes opiniones que dividen á los doctores en este punto; el decir yo que los que son extremosamente viciosos, son susceptibles de igual grado de virtud, porque la misma fuerza de alma que empleamos para una gran maldad es la que nos sirve para coronar la mas heroica empresa, no es desentenderme de los auxilios de la gracia santificante, edificante, suficiente, &c. Porque aunque el rendir los corazones solo sea obra de la diestra omnipotente, nadie me negará que pues la predicacion evangélica está instituida para traernos las embaxadas de lo alto, y supuesto que Dios nos atrae é ilustra por su medio, es claro que la gracia, no solo supone, sino que se acomoda á la naturaleza, porque se sirve de la persuacion que inclina al ánimo y aclara el entendimiento, y porque este medio no es puramente divino, sino que tiene mucha parte de humano. Para que la voz interior del Espíritu Santo penetre la division del alma y del espíritu, se requiere que esté preparado el corazon; pero quando los oradores sagrados no sepan insinuarla en el alma, la suya no será otra cosa que un *cymbalum tinnies*. Y aunque sepan insinuarla; aunque sepan llevar al corazon las luces y los movimientos del cielo por un medio puramente humano, esto es, por el de un sermon insinuante y metódico, nunca influi-

rán tanto en los ánimos frios y rudos, como en aquellos, que como san Agustín y Viriato, sean susceptibles de impresiones mas fuertes. Así pues es evidente que la gracia siempre obrará con mas ó menos violencia, no solo segun el grado de la que Dios conceda á cada uno.... sino á proporcion de la fuerza de alma, del temperamento, de la organizacion, de la disposicion moral que tenga para recibirla, y de los medios puramente naturales que se empleen para excitarsela.

Siempre se ha dicho que las grandes virtudes se deben á las grandes pasiones, como efectos de las grandes almas. Si David no hubiese pecado tan atrozmente, tampoco hubiera escrito aquel magnífico salmo del *miserere*, donde al par del arrepentimiento, de este arrepentimiento que es el símbolo verdadero de la sólida y entrañable virtud, brilla el mas puro y sublime amor de Dios de que el hombre es susceptible (5). No quiero decir con esto que sea preciso haber sido muy malo para ser despues muy bueno, ni que sea necesario pecar para sentir los estímulos de la gracia, sino que hay hombres para poco; y que así como no todos tenemos la animosidad de Alcides, tampoco somos todos susceptibles de igual grado de virtud.

De todo lo expuesto hasta aquí, se inferirá la poca circunspeccion, la falta de urbanidad, y el excesivo encono con que siempre se me ha trata-

(5) Yo os entrego, decia hablando con Dios al tiempo de morir un santo que habia sido bandolero: yo os entrego dos compañeros, que os servirán mejor que los que nunca os han ofendido.

do. No parece sino que se ha tenido un empeño particular en desconceptuarme y abatirme con tanta menos razon, quanto es mas cierto que yo soy un hombre de bien, arreglado en mi conducta, y amante de la justicia y del órden. Privado por mis achaques de todas las concurrencias públicas, de las tertulias, de las visitas, y aun de pasear las calles de esta ciudad; entregado todo á la lectura, la meditacion y el desempeño de alguna obra periódica, única distraccion que tengo en el dia, no sé ciertamente á qué atribuir este rabioso encarnecimiento con que mis enemigos procuran destrozarme.

Por esto me quejo de todos. Me quejo de los que me calumniaron y delataron tan iniquamente á un tribunal secreto en un acceso de embriaguez y de venganza personal por no haberlos servido en cosas que, ó no podia, ó no debia, ó no queria: me quejo de los que apoyaron, si es que alguno lo hizo así, su denuncia: me quejo de esos escritorcillos malignos, que sin conocerme, ni haberme tratado jamas, escribieron contra mí con una pluma de acero, y una tinta venenosa: y me quejo en fin de mi pastor, que aunque animado de mejores sentimientos, aunque abrasado de un celo santo y religioso, no por eso ha dexado de coronar el triunfo de mis enemigos, ó de permitir que estos mismos lo coronen á su sombra. Pero ¡ay de aquellos embusteros aduladores que incensariando al vicio denigran á la honradez! ¡Ay de aquellos críticos malignos que obscurecen y marchitan la mas pura virtud! Y ¡ay en fin de aquellos que por ha-

ber juzgado ligeramente, dañaron la reputacion de los inocentes!

Estas exclamaciones no son seguramente de un san Pablo; pero están conformes á la justicia. Ellas son tanto mas justas, quanto van mas bien asestadas. Salidas del fondo de un buen corazon, cruelmente destrozado, resonarán sobre los cielos y penetrarán los oidos de un Dios vengador, que tarde ó temprano, lanzará sus rayos ardientes sobre las cabezas de los verdaderos criminales. Yo los perdono, porque conozco la miseria humana, y porque la idea misma de esta miseria, excita en mi la virtud de la indulgencia; esta virtud que yo predicaré eternamente. Si, mientras no se conozca el poco imperio que tiene la que nosotros llamamos razon sobre la violencia de los sentidos; mientras no se eviten los inconvenientes de las leyes generales, atendida la diversidad de casos y temperamentos; y mientras la especie humana sea tan débil, frágil, y miserable como siempre lo ha sido y será, los hombres justos, sabios y sensibles no deberán cesar de predicarsela á los jueces, recomendandola como el primer lema de la justicia.

Esta es, ó ilustre y generoso pueblo habanero, esta es la filosofia, esta la moral de un hombre á quien el Ilmo. señor obispo trata de libertino. No me prives pues de tu consideracion, mas apreciable para mi que la vida misma. Ten presente la suerte de los escritores. Consulta su triste historia, que es, como decia Ciceron, el texto de los tiempos, la luz de la verdad, y el nuncio que trae á la posteridad las lecciones de lo pasado

para facilitarnos con la experiencia, maestra doctísima de los hombres, el acierto en nuestros juicios. Consúltala; y en vista de las persecuciones que han padecido, convéncete de que existe sobre la tierra un genio maligno encargado de su destrucción. Mira al gran Confúcio apedreado; al virtuoso Zoroástres perseguido: al magestuoso y sublime Homero mendigando; al sensible Pítagoras quemado vivo; á Sócrates, el sabio Sócrates, martir de la divinidad, espirando entre las horribles convulsiones de la cicuta; al profundo Séneca exâmine en el baño; al dulce Ovidio, gimiendo y agonizando en su destierro; al docto y elocuente Ciceron degollado; al sensible Tasso aherrojado en los castillos; al dulce Garcilaso en los Dardanelos; al sublime Camoes naufragando expatriado á Goa, y muerto al fin en un hospital; al noble Ercilla amenazado con el patíbulo; al ingenioso y esclarecido Cervantes trazando en una cárcel de la Mancha los primeros rasgos de su inimitable romance; al religioso Milton pobre y despreciado; al ilustre Pope entre una nube de pedradas; al agudísimo Quevedo sepultado muchos años en los sótanos de un convento; al virtuoso maestro Leon tratado del mismo modo; al tiernísimo Melendez, arinconado en la obscuridad; al gran Jovellanos, encerrado ya en una celda, ya en un Castillo; y en fin, mírame á mí, que por haber aspirado con una noble emulacion á seguir sus huellas, hace seis años que estoy sufriendo todos los males de todos, y que al fin moriría como los primeros sino tratase de retroceder por la misma senda que me en-

30  
señaron á seguir. Estoy muy léjos de presumir que los iguale en el talento; pero yo no soy criminal, me persiguen, y debo tener alguno.

Tantos y tan terminantes exemplos debieran haber prevenido la opinion pública en favor de los escritores: este es el fruto que debemos sacar de su historia. Los negros coloridos con que una buena ó mala intencion suele pintar al hombre estudioso, excitan contra él el odio y la persecucion. Se les supone, no unos hombres que yerran en sus opiniones, sino unos monstruos corrompidos, y corruptores de la virtud. Pero no, no son ellos los que pervierten las costumbres y pierden los estados. Por el contrario, previenen las revoluciones: dictan consejos saludables para evitarlas, presentando sus opiniones políticas y morales. Si ellas son erróneas ó confusas, se discuten y se disputan para venir en conocimiento de la verdad; y he aqui, que léjos de ser causas inmediatas de las ruinas de las naciones, ellos son quienes las ilustran, engrandecen y sostienen en su verdadero esplendor. El verdadero origen de su envilecimiento y destruccion es el despotismo. Quando este llega á cierto punto excitan indirectamente, como en Francia, las revoluciones. Si sus resultados no son tan felices como los sabios quisieran, no es culpa suya, sino un efecto de la variedad de opiniones é intereses que dividiendo á los ciudadanos, producen nuevos desórdenes, y frustran el éxito deseado.

Solo el escritor es quien puede formarse idea del conjunto de circunstancias que concurren á su ruina. Solo él es quien penetra el torbelli-

no de pasiones rastreras que se conjuran, la multitud de resortes que se mueven, y los falsos pretextos de que otros se sirven para perderle, ó porque destruye sus opiniones, ó irrita su amor propio, ó perjudica sus intereses. Nadie está libre de enemigos; pero nadie se atrae, aunque inocentemente, tantos como el escritor. Su profesion, aunque útil al público, es la mas expuesta. La preocupacion, la estupidez, la sabiduría intolerante, el despotismo y la malignidad; he aqui quatro enemigos natos, é indestructibles con quien debe entrar en continua y porfiada lucha todo el que se propone escribir.

Los preocupados que no saben pensar por sí condenan las mas sublimes verdades solo porque no se conforman con las primeras ideas que han recibido; ideas que media vez apoderadas de sus entendimientos, los tiranizan sin permitirles dar oidos á la razon, y que solo pueden ser destruidas con la muerte. Qualesquiera que ose contradecirlas, és su enemigo declarado. De nada le servirá la buena intencion: los mismos á quienes pretende hacer un obsequio se dan por agraviados, y son los primeros que se irritan contra él. Esta fatalidad, efecto necesario de la diversidad de principios, no seria tan funesta, si los hombres, persuadidos de que no debe interesarse la voluntad en las guerras del entendimiento, adoptasen ó reprobasen las doctrinas sin irritarse contra sus autores.

Los estúpidos preciados de entendidos, cuyas siniestras interpretaciones son, por un defecto de lógica, inevitables, todo lo ven al revés, y de-

duciendo consecuencias locas de los mas juiciosos principios, achacan tambien al autor los defectos de su comprension, y hacen todo lo posible por desacreditarle.

La sabiduría intolerante, abusando de la superioridad de sus conocimientos respecto de los de algun jóven autor, no contenta con atacar los errores involuntarios en que tan fácil é inculpablemente puede incurrir, trabaja en destruirle. Muy léjos de reflexionar que *errar, no es delinquir*, y que el hombre, el débil hombre no siempre es responsable de los extravíos de su razon; léjos de considerar, quan facilmente puede desviarse de ella aun el mas sabio, se envanece de un triunfo presentado por la casualidad; y en medio de su orgullo, incurre, al tiempo mismo de corregir un defecto en otro caso menos disculpable; porque nunca, aunque lo fuera, seria tanto delito errar, como perseguir al que yerra.

El despotismo es tambien otro implacable enemigo del verdadero filósofo. Todos aquellos cuyo imperio está fundado en la ignorancia, son otros tantos Dioclecianos que persiguen á los que, ilustrando á las naciones pudieran alarmarlas contra su injusticia. Nada procuran cortar con tanto estudio como los progresos de las luces; de estas luces á cuyo esplendor se dexarian ver todos los resortes que se mueven para oprimirnos. Ellos procuran pues, no solo obstruir los conductos de la luz, sino ahogar, si es preciso, hasta el foco que las despide, porque el interes, este sentimiento destructor de la virtud, nada perdona; todo lo atropella quando trata de conseryar el cul-

to idólatra que exige de nosotros; y he aquí que la religion y la humanidad, estas bases sacrosantas de todas las virtudes se desprecian, se hollan, se olvidan quando las encontramos en oposicion con nuestros mal entendidos intereses.

Agreguese á esto la facilidad con que sus malignos enemigos tergiversan el sentido de las mas inocentes expresiones: el empeño que tiene en destruir su reputacion el mal entendido amor propio de los envidiosos, que no pueden brillar á su lado: el celo hipócrita con que exâgeran los males que pueden causar con unos escritos donde no hay otra malignidad que la que ellos suponen: la fuerte impresion que debe hacer en el ánimo del magistrado la idea de un mal general (6), y la ninguna diligencia que practica para desvanecer estas peligrosas suposiciones el cándido escritor que, confiado en su inocencia, sigue tranquilamente cultivando sus talentos, mientras otros éntes perversos mueven y agitan todos los resortes necesarios para infamarle y destruirle. . . . .

En vista pues de tantos y tan inevitables escollos en que puede estrellarse el escritor en su carrera, no sé como hay quien se atreva á escribir contra lo malo que hay escrito. Yo creo que seria mas conveniente emplearse en combatir nuestros antiguos errores, que en descubrir nuevas verdades. Pero ¿quien se atreverá á ha-

(6) ¡Señor! le dicen los hipócritas y preocupados: ese hombre corrompe las buenas costumbres: pervierte á la juventud: son incalculables los males que pueden causar sus doctrinas, oprimidlo, arrojadlo de aquí.

hacerlo á tanta costa? Qualesquiera que tenga un dedo de mas malicia que yo, conocerá que para poder escribir con seguridad seria necesario transportarse á la luna con medio millon de imprentas, pues no hay otro medio de inundar este mundo de verdades sin exponerse.

¡Quan inocente estaba yo al escribir el rasgo filosófico de Dorila, de los disgustos y sinsabores que me habia de acarrear! ¡Quan distante está siempre una sana intencion de los tiros que la preparan las malignas! Por eso decia Demóstenes: *á quien no tiene enemigos se los fabricará su misma confianza.* La mejor prueba que puedo dar de mi honradez, es el aprecio con que yo creí se leerian mis reflexiones sobre aquella jóven desgraciada. Si yo no lo hubiese juzgado asi, tampoco las hubiera impreso; porque, digan lo que quieran los autores que nos entran ponderando su moderacion, todo el que escribe pretende ser leído: nadie aspira á ser leído sino para ser estimado; y esta estimacion que se quiere exígir de los demas no es otra cosa que un laudable deseo de gloria contrario al sentimiento de la *modestia.* Esto no obstante, nadie es, generalmente hablando, mas honrado que el escritor. Todo hombre que publica sus pensamientos, sino es sabio, es hombre de bien: los malos son aquellos que los ocultan. Los que hayan leído los números 47 y 48 del correo de las Damas, habrán visto los negros coloridos con que pinto al seductor de Dorila. Yo le trato de exécrable, de vil é infame: le considero acreedor à la venganza del cielo y de la tierra. ¿Y podrá ser un cor-

ruptor el que trata de este modo á los corruptores? Respondan, sí, respondan los que sepan discurrir.

¡Ay con quanta facilidad se difama á los hombres! Agitando yo en la botica de san Ambrosio una cuestion teológico-moral, sobre el libre alvedrio con un religioso de san Francisco, á presencia del doctor D. Pedro Fernandez, alguno de mis émulos, entró en el convento de san Isidoro suponiendo que yo estaba negando la *existencia de Dios*. Todos los religiosos se sorprendieron: todos se alarmaron. El mas exáltado de estos benditos padres resuelve catequizarme. Echa mano de un garrote, le oculta entre sus hábitos, dirígese á mí, aplica el oido, y al oirme alegar en favor de ella una de sus mas poderosas pruebas;” ¿Luego hay Dios? me dixo, con un tono frenético.” = Y ¿quien, le respondí, quien se lo niega á V. P.? “ =” Me dixeran que vd. lo negaba, y yo se lo venia á probar con este garrote.” Unos se admiraron, y otros se echaron á reir de la profunda sabiduría de este hombre que pretendia convencer el entendimiento á palos. El otro padre, que ahora es provincial, le afeó con caridad su ligereza, asegurandole de la religiosidad con que yo me habia expresado.

Pero ¿quien creerá que yo fuí tenido y reputado desde entónces por un *materialista* en el concepto de aquellos á quienes se lo hicieron creer algunos pícaros? Por esto decia Epicharmo que el nervio principal de la sabiduría consiste en no creer ligeramente, *illud teneto nervos ad que artus esse sapientæ nihil temere credere;*

sentencia que jamas deberian olvidar los magistrados á quienes está cometido el gravísimo encargo de juzgar á los demas, para no atropellar al inocente, ni hacer *reo del mas obsceno libertinage* á un jóven moderado, idólatra de eutropelia, cuyo único delito es la falta de experiencia de los hombres; experiencia que casi en su edad ha sido, como lo conocen sus íntimos amigos, incompatible con el candor de su corazon y su ferviente amor á las letras.

Si yo creyera que al tratarme S. S. Ilma. de *libertino* habia intentado aplicarme esta odiosa palabra en toda la extension que comprende, y si una triste experiencia no me hubiese ya convencido de que nada puede la justicia de los pequeños contra el poder de los grandes, ya me hubiera quejado civil y criminalmente. Pero *La raison de plus fort est toujours la meilleure*, y no soy tan temerario que ose tirar cozes contra el aguijon. Me consuelo con el testimonio interior de mi conciencia, incapaz de abandonar los principios de honor, de moral y de justicia que siempre han sido la brúxula de mis mas ocultos pensamientos y de mi conducta; de esta conducta irrepreensible, que deberia confundir á algunos de los que osan censurarla sumergidos acaso en el mismo libertinage que insolentemente me atribuyen. . . . .

Pero ademas de que todo esto está desmentido con mi conducta, asi pasada como presente, los *consejos á las virgenes*, el himno al *himeneo*, y la oda sobre la *moderacion*, impreso todo en en los números 8, 27 y 16 del *correo de las da-*

mas, prueban quan arreglados son á la virtud mis principios morales; y la injusticia con que se me trata de libertino. Me remito á los expresados números donde creo dar al público un brillante testimonio de mi aversion al libertinage.

A un jóven que piensa de este modo, quando otros de su edad corren desvogados en busca de los placeres, y observa ademas una honesta y pacífica vida ¿que le podrán censurar sino tal qual opinion, ó libertad en sus juicios? Y aunque ellos no se conformen con los sistemas recibidos ¿dexarán por eso de ser ménos justos? ¿Habrá sobre la tierra otro mortal como yo, tan orgulloso que pretenda someter mi razon al mismo yugo que sufre la suya por falta de elevacion y de energía para sacudirlo? Quando Dios habla me humillo y enmudezco; pero quando los hombres, semejantes á los favoritos de los reyes, invocan su santo nombre para tiranizarme yo los detesto, ó los desprecio, segun el buen ó mal espíritu de que me parecen animados.

No creo haya un hombre mas dócil á la razon que yo. Persúadaseme con ella y la adoraré; pero mientras esto no suceda, serán inútiles las amenazas. Yo profeso la filosofia: ella me ha demostrado que hay muchos, muchisimos errores políticos y morales dignos de reforma: me ha hecho ver que todo lo que viene de padres á hijos se mira como sagrado, y que como si nuestros abuelos no hubieran podido errar, la circunstancia de haberlos ellos adoptado, basta para canonizar los mayores absurdos. Pero por gran-

de que sea la fuerza de la costumbre, jamás valdrá tanto como la verdad, ni logrará arrollar las cabezas bien organizadas. Respentense enhorabuena las preocupaciones; pero demos siquiera oídos á la razón. Permítase el choque de las opiniones para que salgan algunas chispas de luz, á cuyo esplendor descubriremos, que aunque nuestra moral sea en el fondo la mejor del universo, ya se han introducido infinitas imposturas y preocupaciones que solo sirven para degradar la virtud, y acivarrar mas y mas nuestra triste existencia, como si ella no fuese bastante amarga por sí misma. Son tantas las falsas ideas que se han ido fomentando y extendiendo de generacion en generacion, que confundidas ya las sistemáticas con las innatas virtudes, apenas se encuentran ¡ay! hombres verdaderamente virtuosos. Y ¿habrá alguno digno de este nombre que no desee proporcionar á los demas el goce de los encantos de la verdadera virtud, desvaneciendo las sombras que les impiden conocerla? ¿Quién podrá ver con indiferencia esos fatalísimos errores, que envileciendo nuestros ánimos, nos oprimen el corazon y violentan nuestras mas dulces é inocentes inclinaciones? ¿Quién es el que no se entristece, el que no llora la fatalidad de haberlos conocido para no poder demostrarlos? Yo bien sé que

*Lo falso es cierto si real se cree;*

pero sé tambien que hay una distancia infinita del error á la verdad, como que sus direcciones son absolutamente divergentes, y que el hombre

que la conoce está muy distante de experimentar todos los torcedores morales que agitan, obscurecen y sobresaltan los dias del supersticioso, sin que dexé por eso de ser menos justo. El sabio goza dulce y apaciblemente los placeres de que la supersticion hace huir al ignorante: y éste, que al fin siempre cede alguna vez á los inocentes é irresistibles atractivos de la *pura* naturaleza, si goza un momento de placer, es solo para sufrir hasta el sepulcro un gusano que, semejante al buitre de Prometheo, le está continuamente royendo las entrañas. Aquella profunda tristeza, efecto de estos mismos torcedores, que cierra su corazon á los cándidos placeres, debe mirarse como una penosa y funesta enfermedad, cuya única medicina es la ilustracion, pues que solo nace de las falsas ideas que le infundieron desde la infancia á cerca de la virtud, y de la persecucion que siempre han padecido los sabios, que hubieran podido rectificar su entendimiento para hacerle no solo mas feliz, sino verdaderamente virtuoso.

Estas sensibles consideraciones excitaron en mí el deseo de ser escritor; es decir, de comunicar mis tales quales conocimientos, adquiridos en el seno de la persecucion y las desgracias, á fuerza de vigiliass, de fatigas, de una constante aplicacion á los estudios, y de profundas y continuas meditaciones. Si yo hubiera sido siempre feliz, siempre adulado de la fortuna y de los hombres; si siempre hubiese disfrutado unas rentas quantiosas, mi talento se hubiera exercitado menos. Adormecida, ó divagada la razon entre objetos mas agradables que los que se presentan en medio de la calami-

dad; se habria substraído á las penosas lucubraciones en que yo he pasado la flor de mis años. Uno solo de desdichas enseña mas que ciento de felicidades. La contemplacion de mis desgracias me conduxo naturalmente á reflexionar sobre las de mis semejantes, é hizo nacer en mí el deseo de contribuir por mi parte al desvanecimiento de la preocupacion, verdadero origen del fatalismo, y de casi todos los males que afligen al espíritu.

Los hombres, me decia yo, no nacieron solo para sí: en todos sus estudios, sus pensamientos, sus empresas deben conciliar el suyo con el bien general. Los que indagan y descubren las verdades morales están obligados á demostrarlas. Todo quanto se oculte en este género, es un robo hecho; en primer lugar, á la sociedad particular, y en segundo, al género humano. »Si me diesen, decia Séneca, la sabiduría con la condicion de no poderla manifestar, tampoco la admitiria, pues si me alegro de aprender alguna cosa es por comunicarla á los demas.»

Este es el language de la virtud: este el idioma de los verdaderos amantes del hombre. Asi como algunos nacieron con la orgullosa y exécrable ambicion de dominar sobre los otros, no faltan almas nobles y generosas, que sin creerse superiores á sus semejantes, aspiren solo á servirlos, demostrándoles sus verdaderas obligaciones, y las imposturas con que aquellos los encadenan. Por mi parte, yo aseguro que ningun conocimiento, por importante que fuese, me seria agradable, sino supiese á quien comunicarlo. Muchos he ad-

quirido que solo me sirven de tormento..... y muchos fatigaban tanto mi imaginacion desde la edad mas tierna, que no pude descansar hasta verlos impresos. Los comisarios del despotismo; es decir los censores y jueces de imprentas, los castraron y mutilaron á su arbitrio; pero al ménos, aunque eunucos, conservaban su sombra.

Bien sabia yo por las historias los males que habian sufrido muchos escritores; pero es muy poco ó nada lo que se escarmienta en cabeza ajena: era demasiado jóven, y me faltaba la experiencia propia, cuya lógica es infinitamente mas persuasiva que todas las teorías. A la edad de 20 años nadie teme lo por venir. Yo miraba las desgracias que podian sobrevenirme, no solo como remotas, sino como puramente imaginarias; porque la *buena intencion* con que escribia, y el cortísimo conocimiento que tenia la fuerza de las pasiones humanas, me ponian á cubierto de todo temor. Sin embargo, los golpes á qual mas duros y dolorosos, y en particular la herida profunda que abrió en mi corazon esa pastoral tan poco circunspecta, que mas bien parece dictada por el odio, que por la caridad, me han hecho entrar en mí mismo y tratar de vivir.

El Ilmo señor obispo se lisongeará por esto de haber cegado una fuente corrompida que trataba de infestar su rebaño. Yo le dexo pues sus ovejas sin la menor novedad. Paceré entre ellos escogiendo siempre los cogollitos; pero le suplico que no vuelva á deshollar mi estimacion, pues aunque la suerte de las ovejas sea la de morir desholladas, yo no pasaré jamas por ello.

Estoy persuadido de que las consecuencias del pecado original no serian tan funestas á la humanidad, si nuestra razon, libre y desembarazada de las nubes que la ofuscan, pudiese ver y abrazar las verdades que encantan al espíritu y lisongean al corazon. Entónces gozariamos de la corta ventura que nos es dada, y que aun siendo tan pequeña no podemos disfrutarla, porque apenas nos dexan pacer sino en los cerros mas estériles y fragosos; es decir, en libros llenos de ripio, de paja, de ayre y de confusion, tales como los que he indicado al principio. Creer que ya lo sepamos todo, y que no haya necesidad de escribir mas en materias morales, es un error solo propio de aquellos talentos que giran en un círculo muy estrecho. La comprension tiene sus límites; pero su esfera es inmensa. Dexémosla pues volar para que descubra, como Colon, regiones que ahora llamamos desconocidas solo porque las ignoramos. Asi se extenderá el imperio de la razon, como él extendió el fisico. Nuevos objetos, nuevas reflexiones, nuevas verdades serán el fruto de esta libertad moral del entendimiento. Y quando se hayan descubierto, quando sepamos mas, quando veamos un poco mejor, entonces seremos mas felices, pues entonces reduciremos toda nuestra ciencia á gozar de quanto nos rodea sin ofender á la virtud, cosa en que yo no hallo la menor incompatibilidad con la mas sana moral. El hombre infeliz, que no es dueño del instante en que nace, ni del momento en que ha de espirar, parece que tiene un derecho indisputable á emplear los breves dias de su existencia como mejor

le parezca sin dañar à otro , cuya única traba léjos de ser onerosa es sumamente agradable para los ánimos rectos y los corazones bien formados. Juegos , danzas , amores , convites ; todo , todo puede gozarse , y de todo goza el hombre ilustrado sin lastimar su conciencia , pues de todo usa con moderacion. La gula , la incontinencia , la ambicion , la codicia , y todos los demas vicios tan funestos al hombre , no nacen sino de la ignorancia , que no le permite conocer quanto le importaria economizar sus deseos y sus placeres para poderlos gozar mejor y por mas tiempo. Si le dexasen ilustrarse ¿quien duda que seria mas bueno y mas feliz? El saber no forma delincuentes , ni es dañoso. ¿Qual es la causa de que haya tantos malos y tan pocos buenos , sino la de haber muchos ignorantes y pocos sabios? Nada sino la sabiduría ; esto es , el conocimiento del mal y del bien , puede substraernos á los vicios ; pero este conocimiento nunca podrá adquirirse mientras subsistan las trabas con que aprisionan nuestros entendimientos. Para poder rectificar la opinion propia , es preciso ver las agenas , pues para convencerse de que una cosa es mejor que otra , es necesario comparar las dos. Asi como se necesitan dos pedernales para producir una chispa luminosa , asi tambien es necesario el concurso de varias opiniones para el descubrimiento de una verdad. De la austeridad de Epícteto , y de la excesiva voluptuosidad de Epicuro , nació esta gran máxîma : *omnia extrema sunt vitiosa , in medius consistit virtus* , que quiere decir , *ni mucho ni poco*.

-X3 Este es el medio que no saben guardar los ig'

..

norantes. El extremo de la demasía, y el opuesto de la privacion, son los dos escollos de Scyla y Caribdis tan fatales para ellos. Pero los sabios que conocen hasta dónde pueden extenderse, ni se quedan en el puerto carcomiéndose de la broma, ni van á estrellarse contra las vívoras. Se alargan hasta donde no osa llegar el espíritu débil é ignorante, tiranizado con doctrinas excesivamente severas ó adulteradas por aquellos fanáticos que todo quieren llevarlo hasta el extremo, ó bien por los hipócritas que tienen un interes particular en seguir al parecer el partido de los primeros, como el mas dominante. Solo los filósofos saben guardar el medio entre los extremos. Pero son pocos, y viven con el dolor de ver dominado el mundo por la necedad y la hipocresía, cuyas víctimas son los simples ignorantes, y aun los sabios mismos, que nunca pueden tener buen partido entre una turba de locos. Sin embargo, ellos son mas felices. Saben que la perfecta virtud tiene sus límites: distinguen la verdadera de la falsa, y despreciando la que no consiste en la opinion, solo se sujetan á la que emana del cielo. Como conocen que aunque el exceso de lo bueno nada tenga de pecaminoso, siempre nos perjudica á nosotros mismos, no sufren las excesivas mortificaciones, ni la absoluta privacion de los placeres naturales; cuyos sacrificios, léjos de conducirnos á la perfeccion como piensan los ascéticos, nos degradan é infelicitan, y deben mirarse como efectos de unas imaginaciones exáltadas que no saben ser virtuosas ni felices.

Por esto las compadecen; y á vista de los ex-

travíos de la razon , tan funestos al género humano aspiran á corregirlos. Pero ¿ que es lo que consiguen ? Odio y exêcracion , y una violencia que les obliga á seguir la misma tortuosa senda de que pretendian sacar á los demas. Les llaman impíos por aquel principio de : *barbarus hic ego , quia non inteligor illis* : dicen que son hombres malos, porque el héroe de un partido , se llama infame en el otro , y no les queda otro recurso que el de la humillacion y el silencio. ¿ Quando se convencerán los hombres de que asi como cada uno tiene su cabeza , asi tambien puede creer lo que juzgue mas razonable? La sociedad solo puede castigar los hechos; pero no los pensamientos. Y esta es una verdad tanto mas clara , quanto es mas cierto que el hombre moral es tan libre , como esclavo el político. Nada sino la persuacion puede forzar nuestros entendimientos. Solo el dogma , tan superior á nuestra débil razon , humilla y confunde al filósofo cristiano ; pero fuera de él , nadie tiene derecho á hacerse creer. Le podrán sofocar con la fuerza , pero no forzarle á pensar de otro modo, ni á beber en escritos agenos doctrinas cuyos raudales no le son desconocidos ni vedados.

Fuera del dogma , yo creeré lo que me parezca. Hay mil verdades morales que no penden de él , y como sobre estas mismas verdades hay diversas opiniones , cada uno puede adoptar la que juzgue mas acertada. En materia de costumbres no hay otro dogma que las costumbres mismas. Estas han sido instruidas por los hombres : pueden ser malas ó buenas ; útiles ó perjudiciales: pueden tener en el siglo XIX inconvenientes que

no tenían en el XVIII, en cuya virtud es lícito examinarlas y aun combatirlas en caso necesario. No puede impedirse que se escriba sobre ellas, ya sea para recomendarlas, ó ya para destruirlas, sin desacreditar la ilustracion de un pueblo. ¿Quiero yo destruir las buenas? Pues trabaje otro en conservarlas. Destruya mis discursos con los suyos. Salga al frente, y desnudo de toda fuerza política, combátame en palestra filosófica ó literaria con las armas del entendimiento, que son las únicas de que debe usar el verdadero sabio. El pueblo se instruirá; el pueblo cuya causa se defiende, descubrirá al choque de estas opiniones relámpagos que le iluminen en la noche tenebrosa de su ignorancia, y tarde ó temprano encontrará la verdad: la abrazará y será mas feliz. Pero querer que conservemos un respeto idólatra á las costumbres antiguas, es obligarnos á malograr los frutos que nos presentan los progresos de las luces: es frustrar las lucubraciones de los filósofos, y es en fin no conocer las imperfecciones de nuestra constitucion social, ni las reformas que necesita para hacernos felices. Los usos y las costumbres no son de todos los siglos: cambian, ó deben cambiar con el tiempo; y aunque su mutacion perjudique á tales quales personas, á quienes vá perfectamente con los sistemas actuales, todo debe ceder al bien comun. Pero este no puede conocerse sin el auxilio de las luces; y como decia la Bruyere: «estamos demasiado distantes de las costumbres que han pasado y muy inmediatos á las que reynan todavía, para ponernos en la dis-

tancia que sería necesaria á fin de hacer un justo discernimiento de unas y otras.”

Esto mismo prueba la necesidad de escribir, y la de escribir mucho. Sin este gran recurso nada adelantaremos en materia tan importante. Si no pudiesemos hablar y escribir libremente sobre las costumbres, ni sabríamos distinguir la mala de la buena, ni la libertad de imprenta valdria un pito. ¿Que quiere decir *libertad politica* sino facultad de escribir sobre todo lo que tenga relacion con el gobierno? Y ¿que cosa mas íntimamente ligada á el arreglo y reforma de las costumbres? Los misterios y dogmas de la religion, cuya veneracion y observancia está á cargo de los señores obispos, curas de almas &c. no deben confundirse con los sistemas de la *moral civil*. Aquellos son puramente espirituales y estos temporales: la autoridad eclesiástica debe velar sobre los primeros: pero los segundos pertenecen exclusivamente á la política de quien dependen. Para formar la moral de un pueblo acerca de la eternidad, se necesita un Dios; pero por lo que toca á la del trato social, es obra de la sabiduría humana, es decir, de una buena constitucion. Esta constitucion, fruto de muchas luces, no puede formarse sin tener un exácto conocimiento de cada clima, para lo qual se necesita escribir mucho. La religion cristiana es digna de ser adoptada por todos los pueblos de la tierra: pero el código español, ni las costumbres que convienen á España serian útiles para Africa, el Asia, ni el resto de la Europa &c. Nuevos climas requieren nuevas le-

yes, nuevos usos y costumbres. ¿De que nos serviría el mejor sistema de estudios, de fábricas, de comercio, de navegacion y de milicia sino se mejorára el trato social simplificando tales y tales usos y costumbres que repugnan á la razon y mortifican á la naturaleza? Yo indicaria aqui algunas si no tuviese tan presente lo acaecido con Dorila; pero lo cierto es que quanto mas se refinan, tanto mas se corrompen, y que siendo cierto que las buenas costumbres forman la felicidad de una nacion, mientras ellas no sean simples, jamas seremos felices. La dificultad está en saberlas distinguir de las malas, pero puede vencerse. ¿Y como? Estudiando la naturaleza, escribiendo y disputando libremente.

Las costumbres de los atenienses eran infinitamente mejores que las nuestras por su mayor simplicidad. Las de Asturias y las de Suiza son muy superiores á las del resto de España y Francia. Y ¿en que consiste esto? En que son *mas simples*. Yo tenia ya 14 años y me bañaba en Asturias con muchachas de esta misma edad tan desnudo de malicia, como de ropa. Si se observase esta misma conducta en los pueblos cuyas costumbres están *mas refinadas*, nada bueno resultaria. Una misma escuela servia para los dos sexos: no habia division, ni era necesaria; pero lo hubiera sido en quanto se hubiese aparecido por alli algun censor escrupuloso de las buenas costumbres. Tan groseros y naturales como los macedonios de Filipo, no por eso dexan de ser los asturianos mas virtuosos y cristianos que los cultos y políticos madrileños. Convenzámo-

nos pues de la necesidad en que estamos de escribir mucho para simplificar nuestras costumbres. El mejor modo de acrisolarlas es velar menos sobre ellas, dexando obrar simplemente los afectos del corazon sin despertar la malicia con amonestaciones imprudentes. Yo he leído muchos sermones, que predicando la virtud, solo enseñaban corrupcion, y yo he predicado muchas veces la corrupcion para enseñar la virtud. La malicia decia que yo era obsceno, y la inocencia se encantaba con mi naturalidad. La malicia torcia el gesto; pero la inocencia no hacia mas que reirse. Los malos abusaban, tomandolo todo por lo malo; pero los buenos condenaban el mal y se adherian al bien.

Tales eran los sistemas que yo me habia propuesto desenvolver en el *Correo de las Damas*; pero la dificultad que encontré de hacerlos valer contra las costumbres recibidas, arredró mis deseos. Quise probar que *no debe ser infamada la muger á quien ha sacrificado un perfido seductor*; pero la opinion contraria es tan poderosa, que por poco me traga vivo. Conocí desde luego que no solo es difícil, sino tambien peligroso el hecho de querer mudar la opinion de un pueblo, y que tamaña empresa, rara vez es obra de un siglo, ni de un hombre solo. ¡Oxalá lo hubiera sabido ántes! Pero la prudencia y la bondad no siempre habitan juntas; y como una suma bondad siempre está acompañada de una suma imprudencia, yo abogué en favor de Dorila contra la opinion pública que la perseguia, sin temer los efectos de su furia. Ya los he sufrido: los estoy

aun sufriendo, y en parte los cerebro, por quanto me han demostrado una verdad importante, á saber: que aunque el efecto principal de la sabiduría sea la bondad, esta debe estar acompañada de la malicia; en cuyo sentido es cierto, que nadie puede ser sabio, sin ser malvado.

Yo lo seré, sí: yo procuraré conducirme con la malicia que me faltaba, y esto será lo único que habrán adelantado conmigo. Si la probidad condena mi resolución, yo la responderé:

*Céese la tierra de criar malvados  
Y su malicia depondrán los buenos.*

Aunque soy naturalmente franco, no dudo llegaré á ser reservado. Horacio decia (epíst. 10 lib. 1.):

*Naturam expellas furcà, tamen usque recurret:*

Esto es: por mas que se quiera ahogar á la naturaleza, ella sabrá recobrar sus derechos. *Arrojala, dixo otro, por la puerta, que ella se entrará por la ventana.* Pero todo lo malo se aprende fácilmente. Menos trabajo me costará imitar á los que hablan como S. Pablo y viven como Epicuro, que hablar como Epicuro y vivir como S. Pablo. Mi única falta consistió en no haber conocido la malicia. Este ha sido mi crimen, el crimen que ha originado todas mis desdichas, y el que en medio de ellas dió lugar á que el Ilmo. señor obispo me tratase tan áspera y crudamente en su pastoral. Pero yo no creo que

ese mismo Dios, cuyos preceptos sacrosantos se supusieron profanados por mí, apruebe la conducta que algunos de sus ministros han observado conmigo. Al tiempo de recordarla una voz interior me grita: *No te aflijas: tu intencion fue buena y ella te salva.* Este es un consuelo de que el Ilmo. señor obispo no podrá privarme.

Como yo no combato el *dogma* sobre la fornicacion, sino la *opinion política* que tanto daña á las jóvenes desgraciadamente seducidas, y aun á la sociedad misma, por los infanticidios y la total prostitucion á que da lugar, no creo haya en S. S. Ilma. facultades para mandar recoger los números 47 y 48 del *Correo de las Damas*; pues aunque las costumbres han sido hasta aqui uno de los objetos de la disciplina eclesiástica, con arreglo á la sesion 4. Decretal 2. del Tridentino, esta facultad fue y pudo ser suprimida, como punto de mera disciplina, por el artículo del reglamento de libertad de imprenta, en donde la soberanía nacional solo concede á los señores obispos el derecho de entender, bajo de ciertas reglas, en los escritos de religion; esto es, en los que traten del dogma y preceptos de la iglesia, que siempre respetaré.

Pero si el Ilmo. señor obispo quisiese, á pesar de lo dicho, insistir en recogerlos *mutu-proprio*, yo protexto elevar mi queja hasta los pies del trono en defensa de mis derechos; y nunca permitiré que se obscurezca, denigre y despedace mi reputacion á los ojos de los hombres, pues aunque siempre resplandecerá á los de Dios tal qual ella es, yo tengo el derecho de repulsar

las injurias con razones. Sentiré, como siento, verme obligado á altercar con un señor obispo; pero ofendió mi estimacion, y debo desagraviarla yo mismo. La clara opinion es el alma del hombre social, y quien quiera que se la dexé obscurecer, no merece existir en la sociedad. Por lo demas, no se crea que yo conservo el menor sentimiento de odio contra S. S. Ilma. Le respeto con toda la veneracion debida á su alta dignidad; pero fuera de ella, nunca dudaré medir, como ahora, mis armas intelectuales con las del señor D. Juan José Diaz de la Espada, sin interesar el respeto, ni la voluntad, que jamas deben tener parte en las guerras del entendimiento. =Habana &c.

*Simon Bergaño y Villegas,*

